

ARGÜENDE

Eretmochelys imbricata

Jesusa Rodríguez

Abro mis arrugados parpados, veo las olas que vienen y van.
Todas son diferentes... nada cambia.

Un pez se ahogó, lo vi agonizar empanizado de arena, su voz ronca se fue debilitando hasta quedar inmóvil, se fue pudriendo lentamente, sólo quedó su esqueleto.

Soy vieja, he visto tantas cosas.
He visto muchas mujeres asesinadas por odio, por nada.
He visto muchas sentencias dudosas de la Suprema Corte.
He visto el homenaje póstumo de un mafioso como Cantoral en el Palacio de Bellas Artes.
He visto tanta complacencia.
He visto tantos niños sin infancia.

He visto a México ahogarse igual que aquel pescado.
Revolcarse en la arena, gritar hasta quedarse ronco, corromperse lentamente, degradarse hasta los huesos.

Voy a mirar para otro lado; el paisaje es precioso,
el aire es nítido, las palmeras se peinan y despeinan.
Cruza una bandada de pelicanos; de vez en cuando alguno cae en picada y atrapa un pez, se lo lleva en el pico. No lo veo agonizar; de este lado los pescados se sirven en bandejas de plata.

Eso de mirar para otro lado tiene sus ventajas.
Tal vez debería siempre mirar para otro lado,
pero si me quedo mirando siempre para otro lado
se me tuerce el pescuezo.

Vuelvo entonces la cabeza al lado contrario.

Ahí está la miseria de siempre: una mujer camina mirando al piso, es indígena, va descalza, los estragos del paludismo se le notan en la cara, tantos piojos la despeinan.

A nadie le interesa ni su vida ni su muerte.

A veces me dan ganas de meterme en mi caparazón, no mirar a ningún lado, enconcharme en este espacio oscuro y cálido y no volver a salir, olvidarme del mundo.

Hace cientos de años que digo lo mismo y vuelvo a sacar la cabeza, vuelvo a mirar de un lado al otro y nada cambia.

Soy muy vieja, mi hora ha llegado.

Me iré acercando lentamente a las cálidas aguas del Atlántico antes de que llegue a México la mancha pegajosa y asfixiante del derrame petrolero.

Me iré nadando, echando burbujas hasta quedar exhausta y moriré de muerte natural.

Ojalá todas se murieran de viejas, y no de enfermedades curables o asesinadas en Ciudad Juárez.

Me costó siglos crecer hasta llegar a un metro y tener este caparazón de carey; ojalá que no termine como agarradera de una bolsa Louis Vuitton, como hebilla de cinturón Ferragamo o como peineta de señora *popoff*.

Ya me estoy acercando a la orilla del mar, voy poco a poco, nunca tuve prisa, menos la tendré para morir.

Soy una tortuga vieja, vieja como la justicia, pero no tan lenta ●